

trada. Disponiéndose los húngaros á dar el asalto luego que fué de día, se supo que el rey Oton llegaba con tropas para socorrer á la ciudad. El santo obispo salió con muchos hombres esforzados á buscar este guerrero cristiano, el cual para prepararse al combate oyó misa, comulgó de mano del Santo, que era su confesor, é hizo voto de erigir un obispado en Mersburgo si le concedia Dios la victoria. En efecto, el día 10 de agosto de 955 consiguió la victoria mas completa que hasta entonces se habia conseguido contra aquellos terribles infieles, y cumpliendo su promesa en el año 962 convirtió en obispado el monasterio de Mersburgo.

Atton, francés de origen, que vivia en tiempo de San Udalrico, á quien el rey Lotario habia colocado en la Silla de Verceill desde el año 945 y héchole uno de sus consejeros, ha dejado muchos escritos que pintan bien los desórdenes de su época. Cuando despues de la muerte de Lotario tomó Berengario, marqués de Ivrea, el título de rey de Italia (950), sus vejaciones le hicieron tan odioso que temió una revolucion, y para prevenirla exigió que los obispos le enviasen rehenes. Atton entonces, escribiendo sobre este particular á sus colegas que no podian reunirse libremente les dice: «Si tales garantías pueden pedirse, es á los que no tienen temor de Dios; un hombre prudente y cristiano no hará por rehenes lo que no le impidiesen hacer el temor de Dios y el interés de su eternidad. Nosotros debemos fidelidad á los reyes que son nuestros soberanos; pero no les debemos servir de otro modo que nuestros predecesores; si nos es posible añadir algo no puede ser sino por algun gran motivo de utilidad pública, por la autoridad del Papa y el consejo de los mas sábios obispos.» El mismo autor, en su tratado de *Los Padecimientos de la Iglesia* (1), prueba que los

(1) *De pressuris ecclesiasticis*; Spicil. t. 8.

obispos no deben tener por acusadores ó por testigos sino á personas intachables; por jueces, los que ellos mismos hayan escojido; y que además solo por el Papa pueden ser definitivamente condenados, aun cuando el Concilio de la provincia pueda instruirles el proceso. Los eclesiásticos deben ser juzgados segun los cánones y por medio de los obispos, sin que, á no ser á ruego de estos, puedan mezclarse en ello los legos. «Pero ahora, dice Atton, ahora (en tiempo del tirano Berengario) la potestad secular oprime muchas veces á la autoridad de la Iglesia; y de aqui resulta que, por el defecto de ser malos los jueces, ni el crimen hace perder la dignidad eclesiástica, ni esta dignidad pone á cubierto de la acusacion.» En la segunda parte de dicho Tratado declara que las ordenaciones de los obispos que se verifican segun los cánones deben ser consideradas como venidas del mismo Dios. «Pero, añade, los príncipes poco religiosos, menospreciando estas reglas, quieren que solo se siga su voluntad y sus caprichos y llevan á mal que un obispo sea elegido por otros que no sean ellos, cualquiera que sea su mérito; ó que se deseché al que ellos han elegido, cualquiera que sea su indignidad. En nada tienen la ciencia y la virtud y solo atienden á las riquezas, al parentesco ó á los servicios; bástales cualquiera de estas cualidades. Si no venden por dinero los obispados, los dan á sus parientes ó á los que les hacen la corte. Otros son tan ciegos que elevan al obispado unos niños y constituyen jueces y doctores á los que todavía necesitaban ir á la escuela á aprender los primeros rudimentos. Asi estos obispos, ordenados contra lo que previenen los cánones, son acusados sin respeto, oprimidos sin justicia, espulsados con violencia, y á las veces hasta condenados con crueldad á muerte.» No es pues de estrañar que con tales prelados fuese asombrosa la relajacion en to-

das las clases de la sociedad. Atton escribió tambien contra la incontinencia de los clérigos.

En el año anterior al en que Othon batió tan gloriosamente á los infieles, habia hecho erigir en metrópoli el monasterio de Magdeburgo, fundado por el mismo Othon cuatro años antes. Como esta plaza, situada en Sajonia á las orillas del Elba, estaba inmediata á la nacion de los esclavones sojuzgados por las armas de Othon, y reducidos casi todos al yugo de la fé, se estableció en ella un arzobispo con facultad para nombrar y poner obispos en los lugares convenientes, luego que los demas esclavones hubiesen abrazado el cristianismo; y se edificaron inmediatamente en el pais de estos bárbaros un gran número de iglesias, y aun muchos monasterios asi de hombres como de mugeres, pues nada habia que temer de ellos desde que Othon, despues de una guerra de catorce años, habia sujetado enteramente á Boleslao, duque de los es-

clavones de Bohemia, que era el principal apoyo de la idolatría en toda esta nacion. Sin embargo, habia penetrado en ella el cristianismo en tiempo de Wratislao, padre de Boleslao; pero este, que en nada se parecia á su padre, el cual es reputado por el primer duque cristiano de Bohemia, y mucho menos á su hermano Wenceslao, venerado como santo, no solo fué adorador de los ídolos, sino tambien perseguidor sanguinario de los fieles y verdugo de su santo hermano, á quien por esta razon se le honra como mártir. La rebelion de Boleslao contra el rey Othon, de quien era vasallo, y los escesos de su impiedad, le atrajeron una guerra que al mismo tiempo que abatió su tiranía proporcionó insensiblemente la conversion de todos los esclavones. De este modo, aun en los mas malos tiempos, se convertian en beneficio de la fé cristiana los obstáculos mismos que á su propagacion oponian los hombres.

LIBRO VIGÉSIMO-NONO.

Desde el principio del pontificado de Juan XII en el año de 956, hasta la renovacion del cisma de los griegos en el de 995.

El pontificado de Juan XII presenta en verdad una de nuestras épocas mas tristes; pero las brillantes virtudes de una multitud de santos prelados cubren tan ventajosamente la mancha con que pareció eclipsar el esplendor de la Iglesia este primer Pastor, que no tememos proponer la verdad en toda su es-

tension para que pueda ser examinada bajo todos sus aspectos. No importa que observemos á un Pontífice en la edad de la adolescencia abandonado á todas las pasiones y á todos los movimientos impetuosos propios de sus pocos años, y mas militar que eclesiástico, pues en cambio veremos tambien res-

plandecer las virtudes más puras y la perfección más sublime en todos los demás órdenes de la gerarquía. Admiraremos, con San Udalrico de Augsburgo, á los Brunos de Colonia, á los Odonos y á los Dunstanos de Cantorberi, á los Adalbertos de Magdeburgo y á los Adalagos de Brema, que escitaron la admiración aun de los mismos idólatras, con otra infinidad de insignes prelados igualmente llenos del espíritu apostólico, sin contar los clérigos, religiosos y demás fieles que les igualaban en santidad en las clases inferiores. La misma Santa Sede acababa de ofrecer un poderoso preservativo contra el contagio del escándalo en los Papas Esteban VIII, Marin II ó Martin III, y Agapito II; pues el primero se esforzó en apaciguar las turbulencias de la iglesia de Reims, y envió á Francia un legado con cartas dirigidas á los grandes rebelados contra el rey Luis de Ultramar, en que les escitaba á reconocer por su rey á Luis, y les amenazaba con la excomunion si continuaban haciéndole la guerra (941); el segundo en los tres años que duró su pontificado, y el tercero en los diez que le tuvo, honraron constantemente á la Santa Sede con la pureza de sus costumbres y con la exactitud en el cumplimiento de las sagradas obligaciones de su ministerio.

Muy distinto de estos dignos sucesores de Pedro Juan XII, llamado antes Octaviano, y el segundo Papa que mudó de nombre al subir á la Silla del príncipe de los Apóstoles, era hijo de Marozia, como Juan XI, y de Alberico, tirano de Roma con el nombre de patricio. En el año 954 había sucedido Juan en la dignidad y autoridad de su padre, no obstante de haber abrazado el estado eclesiástico y de no pasar de diez y seis años. Rayaba á lo sumo en diez y ocho cuando á instancias de los romanos intrigantes y enredadores se apoderó de la Santa Sede y se hizo consagrar en el mes

de enero del año 956. Conducíase Berengario II como un verdadero tirano, así en sus propios Estados como en los Estados vecinos; y habiendo el clero, el pueblo y los grandes llamado al rey de Germania para que los libertara, á los diputados de estos, agregó Juan XII sus legados (960), á fin de hacerle ir á Italia. Othon, recibido en todas partes sin resistencia, fué coronado emperador por el Papa, quien, á petición suya, hizo alianza con él y le juró fidelidad. Por su parte el emperador le colmó de regalos según costumbre, y confirmó las antiguas donaciones de Pipino y Carlo-Magno por una acta auténtica escrita con letras de oro, que se conserva original en el castillo de Sant-Angelo. Añadió Oton á estas primeras liberalidades las ciudades de Rieti, de Amiterno y otras cinco plazas de Lombardia, pero con la siguiente cláusula: «Salva en todo nuestra potestad y la de nuestros descendientes, según el convenio y decreto del Papa Eugenio y de sus sucesores; es decir, que el clero y la nobleza de Roma, á causa de la necesidad de las circunstancias y para prevenir las injusticias para con el pueblo y las desmedidas pretensiones de los prelados, harán juramento de seguir exactamente los cánones en la elección del Papa y no permitir que el electo sea consagrado sin que se hallen presentes los enviados del emperador.» Estas medidas, que tenían únicamente por objeto impedir las turbulencias en la muerte de los Papas, que eran exigidas por lo calamitoso de los tiempos y que el Papa Eugenio, inquietado por el antipapa Zizimo, había arreglado por sí mismo, Oton debía mantenerlas y hacerlas ejecutar, no á título de soberano de Roma, sino en calidad de patricio. Esto es tan cierto, que las donaciones precedentes, que él confirmaba según el uso de los emperadores coronados en Roma, estipulaban, así como la suya, que en las ciudades y provincias, que eran ob-

jeto de la donación, no se reservaban estos príncipes parte alguna del territorio, ni potestad alguna de disponer ó juzgar, de distraer ó disminuir, sino cuando se lo pidiera el que á la sazón ocupase el gobierno de la santa Iglesia. Si pues á las veces administraban allí justicia los emperadores, era únicamente en las épocas de turbulencia, bien á petición expresa del Papa, verdadero soberano temporal, bien al menos á petición suya presunta, cuando el estado de conflagración en que se hallara Roma le impediría formularla de una manera esplicita. Tal es el sentido en que debe entenderse lo que añade Oton, á saber, que habrá en estas ciudades comisarios imperiales y pontificios que rendirán cuenta todos los años del modo con que los duques y los jueces administran justicia: dirijan en primer lugar al Papa las quejas que reciban, y este, si no pudiere remediarlas por sí mismo, dejará que las remedien los comisarios del imperio, quienes en este caso harán sus veces. Así pues si los Papas mandaban hacer juramento de fidelidad al emperador, era por su propio interés; y quizá su protectorado ó patriciato jamás había sido más necesario que en el reinado de Juan XII. Pero como veremos muy luego, el inconstante Pontífice faltó muy pronto á la fidelidad de sus promesas, á pesar del sello del juramento con que las había autorizado.

Durante este triste pontificado fué San Adalberto, primer arzobispo de Magdeburgo, uno de los santos personajes que se mostraron más dignos sucesores de los Apóstoles (1). Había aprendido las ciencias y la vida regular en el monasterio de San Maximino de Tréveris, escuela célebre desde que fué restaurada por el rey Enrique, y se había acostumbrado también á los trabajos

(1) Mabill. *saec. V. Bened.* pag. 342.

apostólicos en una misión que tuvo en el país de los rufos (habitantes de la Pomerania), cuya reina llamada Olga ó Elena había pedido al rey Othon que la enviase sacerdotes y un obispo. Fue promovido con esta ocasión Adalberto á la dignidad episcopal (961), pero no procediendo aquellos pueblos con la debida rectitud, se vió obligado su nuevo pastor á abandonarlos. Muchos de los que le acompañaban fueron asesinados al regresar á su patria, y á él mismo le fué muy difícil evitar la muerte. Deseando Othon intimidarle, hizo que el Papa le nombrase arzobispo de Magdeburgo (970), igual en dignidad, dicen los autores contemporáneos, á los de las Galias, esto es, á los de Colonia, Maguncia y Tréveris, y primado de los arzobispos de Germania; y añadió á estos títulos el de obispo cardenal de Roma. De este modo fué instituido metropolitano de toda la nación de los esclavones al otro lado de los rios Elba y Sala, con facultad sobre los obispos que debían establecerse en las ciudades en que los bárbaros habían practicado principalmente sus supersticiones. En su consecuencia, consagró Adalberto tres nuevos obispos, á saber, el de Mersburgo, el de Meissen y el de Ceits, cuya Silla ha sido trasladada á Naumburgo. Los antiguos obispos de Havelberg y Brandeburgo, que eran antes sufragáneos de Maguncia, quedaron igualmente bajo la dependencia de Magdeburgo, cuyo arzobispado tuvo así cinco sufragáneos, á los que añaden aun algunos historiadores la silla de Posnania. Trabajó mucho San Adalberto en esta nueva misión durante su vida entera, dejando al morir (981) algunos discípulos que perpetuaron su obra. Hubo otro San Adalberto, no menos recomendable, que fué obispo de Praga, y logró despues en Prusia la palma del martirio (997).

Por este tiempo fué erigido también y con el mismo objeto que el de Magdeburgo

el obispado de Praga (1), siendo su primer obispo un monje sajón llamado Ditmario, que era ya sacerdote y muy estimado por su doctrina; aunque la causa principal de su elección fué el perfecto conocimiento que tenía del difícil idioma de los esclavones (2). Boleslao el Cruel ó el asesino de su santo hermano, tuvo por sucesor á su hijo llamado también Boleslao, pero con el nombre de Bueno que mereció por sus virtudes (967). Era en efecto sinceramente cristiano, tenía una fé viva y una caridad generosa, y era enemigo de la opresión, protector declarado de todos los desvalidos, y tan celoso por la propagación y la gloria de la Religión que fundó y dotó con magnificencia hasta veinte iglesias. Erigió en catedral aquella en que era ya venerado su tío San Wenceslao con otro santo mártir llamado Vito. Mas al propio tiempo que el Papa otorgó á los pueblos de Bohemia un obispo, les prohibió el uso de la lengua esclavona en su iglesia y la continuación del rito de los búlgaros ó de los rusos, esto es, el rito griego, mandando que se conformasen con todas las costumbres latinas que efectivamente han conservado. Tenía Boleslao el Bueno una hermana llamada Mlada que le igualaba en virtud, la que consagró su virginidad al Señor, teniendo la devoción de dirigirse en clase de peregrina á la ciudad de Roma, donde aprendió la disciplina monástica recibiendo con el nombre de María la bendición de abadesa. Luego que regresó á su patria fundó en la iglesia de San Jorge un monasterio de religiosas, que ella gobernó según la regla de San Benito.

Mostró también San Adalago de Bremen un celo extraordinario por la conversión de los bárbaros (3). Fué sucesor del

(1) Chron. Saec. apud Mabill. saec. V. Bened. pag. 833.

(2) Vit. per Rain. pag. 120.

(3) Adam. lib. 2, cap. 1.

arzobispo Unni que había tenido el valor suficiente para anunciar el Evangelio en Dinamarca al rey Gurmo, enemigo formidable del nombre cristiano y que convirtió al príncipe Haroldo, hijo de este tirano, aunque no llegó á bautizarle. Atravesó Unni el mar Báltico y llegó á Suecia, donde no había osado penetrar todavía ningún misionero en los setenta años que trascurrieron desde la muerte de San Anscario. Allí contribuyó á renovar la fé que había estado como amortiguada en los reinados tempestuosos y sangrientos de un sin número de Soberanos. Dedicóse Adalago, del mismo modo que su predecesor, á la conversión de los paganos del Norte, y principalmente de los dinamarqueses, entre quienes comenzó por entonces á arraigarse el cristianismo.

Estos pueblos tomaron las armas contra Oton, quien obligó á su rey Haroldo á pedir la paz, y se la concedió con la condición de que había de depender de él en cuanto á la sucesión de su reino y admitir la Religión cristiana. Recibió Haroldo al momento el bautismo con su muger y su hijo, teniendo mas parte el convencimiento que la política en una resolución tan pronta. En un convite en que se habló de la Religión á presencia del rey, convinieron los dinamarqueses en que Jesucristo era Dios; pero sostuvieron que había otros mayores y mas poderosos. Un cristiano llamado Poppon, defendió por el contrario que Jesucristo era el único Dios con el Padre y el Espíritu Santo. Preguntóle Haroldo si podía confirmar esta creencia con alguna prueba, y habiéndose ofrecido Poppon á sufrir la prueba del fuego, caldearon una barra de hierro hasta que se hizo asua, y la asió en la mano con entera confianza, teniéndola todo el tiempo que quisieron los convidados, y mostrándoles luego la mano para que vieran no había recibido la menor lesión. A vista de esto no vaciló ya el rey en tomar el partido que de-

bia, y así publicó que solo Jesucristo era Dios, y proscribió los ídolos.

Después de una declaración tan gloriosa para la fé cristiana la Jutlandia ó la parte de Dinamarca que está á este lado del mar, se dividió en tres obispados sujetos á la metrópoli de Hamburgo, poniendo sus Sillas en las ciudades de Slesvic, Ripen y Ahus (948), en las que consagró Adalberto á sus respectivos obispos, y como sus derechos de metropolitano se extendían al otro lado del mar Báltico, en los países mas septentrionales que la Dinamarca, les recomendó las iglesias de Zelandia, Finlandia y Suecia. Desde la época de este establecimiento la Religión cristiana hizo rápidos progresos en todas las regiones del Norte.

Los dinamarqueses, que por tantos años habían sido funestos á la Inglaterra, fueron por último un manantial de felicidad y bendición para esta Iglesia, en la persona de San Odo ó Odon, que llegó á ser su primado. Era hijo de uno de aquellos vencedores bárbaros y todavía idólatras que se habían establecido en gran número en la Gran Bretaña. Había conservado este odio tan vivo á la Religión cristiana, que no consentía en que su hijo, prevenido de la gracia desde su mas tierna infancia, ni aun pronunciase el nombre de Jesucristo. Sin embargo, no por eso dejó el joven Odon de seguir asistiendo con frecuencia á las iglesias y poniendo en práctica en la casa paterna las máximas que en ellas oía. Irritado, en fin, su padre al ver su perseverancia, le desheredó. En extremo alegre Odon por asegurar la posesión del cielo á costa de todo lo que podía esperar en la tierra, abandonó su casa y entró en la de uno de los principales señores de la corte del rey Alfredo. Este grande, llamado Athelmo, cuya piedad era aun mucho mayor que su poder, le trató como verdadero padre y cuidó de educarle en las ciencias y en la virtud, en

las que descolló de un modo tan asombroso, que siendo todavía muy joven le promovieron al subdiaconado. Luego que le ordenaron de sacerdote, fué el confesor y director, no solo de Athelmo, sino también de una multitud de caballeros los mas respetables de la corte. El rey Eduardo, hijo de Alfredo, le apreció mucho, y el rey Adelstan, hijo de Eduardo, opinó que había debido á sus oraciones una gran victoria conseguida contra los infieles en el año 958, por lo que le obligó á aceptar el obispado de Schirburn, para el cual había sido pedido por el pueblo y elegido por el clero (1).

Muerto Vulfemo de Cantorberi en el reinado de Edmundo, hermano de Adelstan, este príncipe juzgó que no existía persona alguna tan digna como Odon de ocupar aquella primera Silla de Inglaterra; pero costó un trabajo inmenso vencer su humilde resistencia, particularmente tratándose de traslación. Por último, después que le citaron varios ejemplares de semejantes traslaciones verificadas en la misma Inglaterra por algunos santos obispos, accedió á ello, aunque con la condición de que había de profesar la vida monástica como todos sus predecesores en la Silla de Cantorberi. Poco después de ocupar esta dignidad (945), formó unas constituciones para la enseñanza de los pueblos, de los grandes, del clero y del mismo rey, con quien parece procedió siempre de acuerdo. Recomienda en ellas la inmunidad de las iglesias, y prohíbe que se las imponga ningún tributo; y entre las obligaciones de los obispos insiste principalmente en la visita anual de la diócesis. Dió el rey Edmundo por su parte varias leyes, entre las que hay muchas que tienden á secundar las miras del santo arzobispo, observándose principalmente que imponen á los sacerdotes la obligación de la conti-

(1) Act. SS. Bened. saec. V, pag. 40 et seq.